

Filosofía de la economía

Sebastián Mantilla, S. J.
Doctor en Ciencias Económicas.

LA PROBLEMÁTICA DEL VALOR

Aunque a algunos pueda sonar a herejía, es cierto que existe una verdadera Filosofía de la Economía o si queremos una Economía Filosófica. Para probarlo no es necesario hacer un gran esfuerzo: basta con aceptar el que la Economía es una Ciencia Social que estudia la actividad del hombre en cuanto ser limitado y libre. Y que es totalmente inadmisibles la posición de aquellos, que como Lionel Robbins, pretenden hacer de ella una ciencia de medios y no de fines.

No hemos de olvidar que fueron filósofos los primeros que escribieron sobre estos problemas y que desde Platón y Aristóteles hasta Adam Smith corre una serie ininterrumpida de teorías y hasta de escuelas económicas que viven y proliferan a la sombra del árbol frondoso de la Escolástica primero y del Renacimiento después. Durante algunos años el famoso padre y fundador (así le consideran muchos) de la moderna ciencia económica Adam Smith, fue profesor de Filosofía en Glasgow y junto con su doctrina utilitarista de los "sentimientos morales" y su teología natural explicaba sus principios económicos que dieron origen a la llamada Escuela Liberal que perdura todavía en nuestros días. Es también significativo en este sentido que a su libro, que muchos consideran como la Biblia de la Economía, lo titulara "Investigación acerca del origen y causa de la riqueza de las naciones", dando a entender con ello que si se basaba en datos de experiencia, no se resignaba a convertir su ciencia en una mera estadística (error en el que caería la Escuela Historicista) sino que quería dejar libre el vuelo del espíritu para razonar sobre ellos. Es también evidente que la corriente filosófica socialista entronca a través de Marx con el smithianismo que es el que le proporciona en gran parte sus postulados económicos. Y el que haya tenido la paciencia de recorrer las páginas indigestas e interminables de la influyente obra de Marx "El Capital", aun sin llegar hasta el fin habrá podido comprobar que en él danzan apretadamente razonamientos filosóficos y teorías económicas.

Y precisamente es el problema del valor uno de los que más preocupa a todos estos escritores. Aunque no tanto con un fin utilitarista y pragmático como preocupa a los modernos. Los antiguos, más idealistas, se esforzaron sobre todo en llegar a la entraña misma de su ser, y como no les fue fácil dar con ella se dedicaron sobre todo a buscar un módulo, una medida conveniente del valor que les pudiera ayudar a fijarlo por comparación.

En nuestros tiempos este problema no sólo ha abandonado su prosaica formulación en los precios, sino que levantando su vuelo hacia mayores alturas ha saltado del campo económico hacia las cumbres olímpicas de la pura especulación filosófica creándose con esta ocasión, si no una ciencia nueva, por lo menos un enfoque nuevo: el Axiologismo.

"La meditación filosófica en la Antigüedad y en el Medio Evo giró alrededor de la realidad ontológica", dice la doctora Rosaura García Tuduri (1) y añade: "Al advenir los tiempos modernos la preocupación por el ser cedió en interés ante el problema gnoseológico del conocer, alcanzando al final de esta etapa una superación en la fase axiológica que se caracteriza por la reflexión fundamental sobre los valores".

La importancia de esta nueva orientación de la Filosofía ha sido tan grande que se ha podido asegurar con verdad que hace treinta años que constituye el tema preferente de los filósofos alemanes. La razón de este exclusivismo radica en el enfoque valorista que supone una reestructuración de muchos conceptos y ello siempre atrae, como atrae todo lo nuevo.

Ya con una antelación mayor aún había dicho nuestro Ortega y Gasset en la Revista de Occidente: "Una de las más sugestivas investigaciones que la nueva teoría inspira es la reconstrucción de la historia como proceso de descubrimiento de los valores. Cada raza, cada época parecen haber tenido una peculiar sensibilidad para determinados valores y han padecido en cambio ceguera extraña para otros. Esto invita a fijar el perfil estimativo de los pueblos y de los grandes períodos históricos. Cada uno se distinguiría por un sistema típico de valoraciones, último secreto del carácter, de que los acontecimientos serían una mera emanación y consecuencia. (2)

Para este filósofo la realidad está dividida en dos mundos totalmente distintos: el de los seres y el de los valores. Los seres son pero no valen; los valores valen pero no son. Y aunque los valores están depositados en los seres, como la perla en su concha o el tesoro en su arca, los valores pueden ser positivos y negativos como la sabiduría y la ignorancia, la virtud y el vicio. No así los seres. Ortega y Gasset absorbió en la contemplación de los valores nos dice con lenguaje que sabe a platonismo: "Los valores son absolutos e inmutables, de nadie dependen y permanecen semejantes a sí mismos. Son inespaciales e intemporales". No todos se contemplan, sin embargo, sino que otros se usan, otros se realizan y otros son obligatorios. El que no ocupen lugar en el espacio ni en el tiempo no le impide afirmar de ellos que tienen nada menos que tres "dimensiones" cualidad, rango y materia.

En cuanto al modo de conocerlos, los valores se aprehenden por medio de la intuición emocional que es una intuición "a priori" y función propia de la estimativa. No se pueden sujetar a razonamientos lógicos porque son "alógicos", o de otro modo son "irracionales".

(1) GARCIA TODURI, Rosaura. "Introducción a la Estética", La Habana, Ediciones Insula, 1957, pág. 18.

(2) REVISTA DE OCCIDENTE, "Qué son los valores?" Octubre, 1923, pág. 69.

Hay otro filósofo español, D. Manuel García Morente, que formula una sistematización parecida a la de Ortega. Discípulo suyo, recibió con su veneración hacia el Maestro su avasallador influjo neokantiano. Existe, con todo, una diferencia fundamental entre ambos. Un día García Morente percibió con una fuerza incontrastable el choque con un valor supraterráneo de cuya realidad no pudo dudar: Dios se apoderó de su alma y como Saulo él también "vio". Convertido llegó, también como Saulo, a las alturas del sacerdocio católico y en su escala estimativa puso como fuente y origen de todos los valores al Valor Infinito, a Dios. No tuvo esa suerte su Maestro.

García Morente reparte sus "categorías ónticas" entre: 1) los objetos reales, 2) los objetos ideales, 3) los valores, 4) la vida.

Para él los objetos reales son "seres" reales, temporales y causales. Los objetos "ideales" son para él los matemáticos como una potencia o una raíz, los geométricos como el punto o la línea. También van en este grupo las relaciones de semejanza o de igualdad y otras que pueden predicarse de los seres. Finalmente de esta segunda categoría de objetos ideales admite que sean seres, seres físicos —dice— pero no reales, pues son intemporales. El valor cae fuera de la categoría del ser: ni es ser ni es real. Distingue entre juicios de existencia y juicios de valor: los primeros forman lo que la cosa "es" o sea enuncian sus perfecciones o propiedades en orden tanto a la esencia como a la existencia de la cosa. En cambio los "juicios de valor" no añaden ni quitan nada al caudal existencial de la cosa, porque el valor es una "cualidad irreal" o sea que carece de "tomo", no es una "cosa".

No es nuestro propósito hacer aquí una crítica de estas teorías. Sólo diremos que es difícil concebir el valor como constituyendo "algo", teniendo una existencia por debilísima que sea y con todo no teniendo "ser". La negación del ser es la "nada" y el valor a juicio de todos los axiólogos es algo más que nada, es por lo menos "algo".

Por otra parte todos estos filósofos producen de ordinario la impresión de un modo de expresarse demasiado fluctuante que les permite saltar sin mayores escrúpulos de lo abstracto a lo concreto. Es cierto que de una idea abstracta como la de valor se puede afirmar que es absoluta e inmutable —como quiere Ortega y Gasset—, pero lo mismo podríamos decir de la humanidad, la animalidad, etc. Las esencias de las cosas son también inmutables y absolutas, extraespaciales y temporales y por lo tanto poseen las mismas características que estos filósofos señalan a los valores.

La frase famosa de Lotze (repetida luego por todos sus seguidores) de que los valores no son sino que valen, es susceptible de una benigna interpretación en el sentido de que los valores no tienen una existencia separada del ser concreto y real, aunque ellos en sí sean algo y hasta podemos decir que algo "real". Pero si al afirmar que los valores "no tienen ser" entendemos este concepto de "ser" en el sentido del ser trascendente, fuera del cual no admitimos sino la nada absoluta, en tal caso la frase no podría aceptarse.

Es cierto que los valores no añaden nada físico a la esencia del ser, pero sí añaden algo real. El conocimiento del ser, su estima por el sujeto y la tendencia hacia su posesión al menos intelectual, por no hablar de tendencias afectivas que dan origen al valor formal, supone algo en el ser, algo

real (aunque no separable o no precisible del ser) que fundamenta esta relación y que se halla efectivamente en el ser, aunque no requiera una existencia aparte.

Lo mismo hemos de decir en cuanto a la clasificación orteguiana de los valores en positivos y negativos. Bastaría con admitir que se dan ciertos valores negativos relativamente a otros de mayor excelencia, pero no absolutamente negativos. Pudiéramos decir que así como los seres se extienden desde la Plenitud del Ser, lo Infinito y Perfectísimo, hasta el ser finito en ínfimo grado, así los valores que emanan de lo más íntimo del ser (o que están depositados en los seres, como la perla en la concha o el tesoro en el arca, comparaciones que por serlo tienen la inexactitud propia de toda comparación) se extienden desde el Valor Absoluto hasta el ínfimo valor relativo de una entidad tan mediocre que realmente pudiera llamarse contra-valor o valor negativo, pero no porque en realidad lo sea.

Otro problema, por demás interesante, es el que plantea el modo cómo llegamos a percibir los valores. Parece cierto, si atendemos a los psicólogos, que nuestros juicios de valor son intelectualmente muy imperfectos y que la manera de establecer nuestras escalas preferenciales es totalmente superficial y las más de las veces arbitraria, dando mucho más peso en dichos juicios a las cargas afectivas que a los dictámenes de la razón. Estas estimaciones no sólo varían de sujeto a sujeto, sino en el mismo sujeto varían según las circunstancias ambientales y su misma disposición somática.

El P. Alejandro Roldán, S. J., llega a afirmar que "el terreno más propio de la vida valoral es el subconsciente y que aun cuando valoremos reflejamente, ha precedido una serie de apreciaciones subconscientes que son las que prepararon e hicieron posible la valoración racional". Y añade: "Hay un trabajo experimental por hacer que nos descubra las leyes que rigen el subconsciente del valor. Es un hecho cierto que todos nos hemos construido nuestra tabla de valores, precisa y clara, aunque no formulada explícitamente. Parece como si sobre la superficie de cada objeto y persona hubiésemos escrito un número ordinal indicativo de la clasificación valoral que nos merecen". (1)

Lo que no es posible admitir es que exista una percepción a través del sentimiento sin que llegue de una manera o de otra a la razón, como pretenden algunos axiólogos exagerando la afirmación de Pascal de que "el corazón tiene también sus razones".

En un próximo artículo analizaremos el problema del valor resuelto por los economistas.

(1) ROLDAN, Alejandro, S. J. "Metafísica del Sentimiento". Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1956.